

# adapta un tío

HISTORIAS  
DE HOMBRES OBJETO  
PARA MIMAR



EVA NOVA

mñ

# adapta un tío<sup>♥</sup>

HISTORIAS  
DE HOMBRES OBJETO  
PARA MIMAR

EVA NOVA

m̄

© AdoptaUnTío.es, 2014  
© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2014  
Ediciones Martínez Roca es un sello de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Redacción de textos: Estela Cebrián

Equipo de AdoptaUnTío.es: Clara Bizien, Sébastien Sikorski, Marie  
Gautheron, Céline Birolleau, Manuel Conejo

Ilustración de cubierta: Raquel Córcoles (ModernaDePueblo)  
Diseño de cubierta: María Jesús Gutiérrez

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-270-4124-0  
Depósito legal: M.12.778.2014

Impreso en España – *Printed in Spain*  
Impresión: Huertas, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ediciones Planeta Madrid, S. A.  
Josefa Valcárcel, 42  
28027 Madrid  
[www.mrediciones.com](http://www.mrediciones.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

## ÍNDICE

<b>Capítulo 1</b>	ADÓPTAME, TÍO .....	9
<b>Capítulo 2</b>	LA DES-EX-TOXICACIÓN .....	23
	Preparando la lista de la compra	
<b>Capítulo 3</b>	SABOR A TI .....	41
	El hombre que susurraba a las lechugas	
<b>Capítulo 4</b>	ÓSCAR WILD, EL PRÍNCIPE DE LOS VAMPIROS DE BARCELONA .	57
	Góticos, <i>dj</i> y viceversa	
<b>Capítulo 5</b>	ORGULLO Y PREJUICIOS .....	73
	¿Adoptar amigos de amigos?	

<b>Capítulo 6</b>	EN LA ÓRBITA DE MARTÍN .....	89
	El ligue 2.0	
<b>Capítulo 7</b>	JONÁS, EL BARBERO DE SEVILLA ..	105
	Sentido y sensibilidad... a tope	
<b>Capítulo 8</b>	REENCUENTROS EN LA TERCE- RA FASE .....	123
	EXcesos y EXplicaciones	
<b>Capítulo 9</b>	PACO, EL HOMBRE QUE QUERÍA SER JEAN-CLAUDE VAN DAMME	139
	Aventurarse con un macho Alfa	
<b>Capítulo 10</b>	<i>GANG BANG</i> DE CITAS .....	153
	Yo quiero tener un millón de amigos	
<b>Capítulo 11</b>	YO TE ADOPTO .....	171

## Capítulo 1

# ADÓPTAME, TÍO

—«Es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa».

—¿Eso quién lo ha dicho, Anna Wintour?

—No, Eva. ¡Así empieza *Orgullo y prejuicio!* ¿No se supone que es tu libro favorito?

—A mí me gusta más la versión con zombies. Por cierto, ¿te parece normal parafrasearme a Jane Austen a estas horas, un sábado por la mañana?

—¿Y a ti te parece normal desayunar una cerveza en ayunas? Hueles a Charlie Sheen.

—He leído en internet que si bebes una cerveza cuando tienes resaca, la resaca desaparece.

—¿Y funciona?

—De momento, no. Tengo un dolor de cabeza brutal. Pensaba que era por la resaca, pero resulta que me lo estás provocando tú.

Son las doce del mediodía del sábado y estamos en el bar de debajo de casa, el típico sitio que sale en Foursquare donde lo mismo te tomas un café que un vermut, todo bien servido por camareros guapos con gorra. Pero no estoy yo para tíos guapos con gorra: tengo una resaca mortal. Carlos me ha sacado de la cama como hace siempre, poniendo la música a toda pastilla en la otra punta del piso, subiendo la persiana de mi habitación con un golpe seco y quitándose las sábanas de encima. Así, a lo bestia.

«Veggealameggdacos», le he masculado mientras ponía la cabeza a un lado de la almohada, intentando no desayunar mis propias babas con regusto al gintonic de la noche anterior. «Vístete, Eva que vamos al bar de abajo, tenemos que hablar». Así, sin paños calientes ni un buenos días: «Tenemos que hablar», un sábado por la mañana, cuando me he acostado hace cuatro horas escasas y no tengo ni idea de cómo he llegado a casa. «Si quieres que desayunemos juntos, te lo puedes ahorrar —me han dado ganas de decirle—, porque ya he comido bastante techo desde que he llegado». Y me he reído para dentro, pero neh, no me daba la cabeza para decir nada. He salido de la cama. En mi habitación, los restos del naufragio: ropa tirada por el suelo, el bolso a los pies de mi cama con todo el contenido esparcido por el parquet y un zapato aquí y otro allá. He ido directa a la du-

cha con la esperanza de pasar de moñigo a persona en lo que tarda el agua en calentarse, me he puesto lo primero que he pillado y, cuando he aparecido en el pasillo, él me ha mirado casi orgulloso, como valorando el esfuerzo positivamente. A veces le metería su puta condescendencia por el culo, oye. Ha cogido las llaves y ha bajado las escaleras esperando que le siguiera, como se hace cuando tienes que darle a tu perro el paseo matinal para que haga sus cositas.

—Lo que te quiero decir, Eva —me dice acercando su cuerpo hacia mí desde el otro lado de la mesa, como queriendo que escuche muy bien lo que dice— es que puede que haya llegado el momento de que empieces a hacer otras cosas aparte de trabajar y salir de fiesta con tus amigos gays. Mírame a mí, llevo dos años follando y saliendo con chicas sin parar. Y oye, yo encantado. Pero ya tenemos una edad, y hay que ir pensando en sentar la cabeza. Y Maya es la chica con la que quiero sentar la cabeza y el culo para siempre.

—Mis amigos gays no te caen bien —le digo. Apoyo la cabeza en la mano. Toda ella. ¡Ay!, me pesa cien kilos.

—Tus amigos gays me la pelan, soy yo quien no les caigo bien a ellos.

—Dicen que desde que no estás conmigo vistes mal y que me coartas. Y que eres un petardo.

—Eso lo tendrías que decir tú, no ellos. Y si opinas así, mal vamos. Pero, oye, que tus amigos gays, repito, me dan



igual. Yo no tengo nada contra ellos. Pero si solo sales con gays, jamás encontrarás a un chico.

—La mariliendre nace, Carlos. No se hace.

—Pues el mariliendrismo hará que mueras sola en casa rodeada de gatos con el sida gatuno. Tú misma. Porque tus amigos gays sí follan. Y mucho. Por lo que me cuentas, vamos.

—Follan todo el rato —le confirmo—. Y con amigos. Y hacen tríos y luego tan pichis. Son una raza evolucionada. El ser humano debería ser más como los gays. Mejor nos iría a todos. Luego lo de los derechos humanos y que los quieran quemar a todos en Rusia ya es otra cosa...

Carlos se recuesta en su silla y me mira con su típica cara de «te miro con amor cuando en realidad lo hago con condescendencia» y de «ya me estás cambiando el tema otra vez». Lleva una camisa de cuadros Vichy azules de manga corta con cuello Mao que le regalé yo. Los pantalones que lleva también se los regalé yo. Y las zapatillas que calza... no se las regalé yo, pero le ayudé a escogerlas. Y molan bastante.

Mientras coge su taza y da un sorbo a su té frío con limón caigo en la cuenta de que el noventa por ciento del armario de Carlos se lo compré o se lo regalé yo cuando estábamos juntos. Todas las mañanas le aconsejaba «ponte esto con aquello» dependiendo de lo que le tocara ese día: una reunión con un cliente, una comida con inversores, una cena informal con otros arquitectos... Me pregunto cuándo fue la última vez que estrenó ropa desde que lo dejamos

hace dos años. Seguro que la dichosa Maya no le compra la ropa ni lo mimaba tanto. (NOTA MENTAL: *Mirar en su armario y comprobarlo. Sé exactamente cuántas camisas, camisetas, pantalones y jerséis tiene. Podría hacer un inventario del armario de Carlos ahora mismo. Pero no creo que sea sano, ni el momento. Lo haré después*).

Lo que sí ha hecho ha sido recortarse la barba y el pelo. El día que lo vi aparecer por el piso sin greñas y casi sin vello facial casi me caigo de culo. Hace tres meses se apuntó al gimnasio. Justo cuando la cosa con Maya empezó a ir en serio. Va cuatro veces por semana, cuando sale de trabajar del estudio de arquitectura de su padre, y ya se le empieza a notar: se le está cuadrando la espalda. Los 30 años también empiezan a notarse: se le está cuadrando la cara.

—Te estás poniendo cachitas —le digo mientras le doy un sorbo leento a mi cerveza.

—¿Has visto? —me dice sacando pecho, orgulloso. *Meeec*. Reacción equivocada—. A Maya le gustan los músculos porque dice que le recuerdan a los hombres sexis y recios de su país.

Maya me cae mal, para qué nos vamos a engañar. Y la expresión «me gusta porque me recuerda a los hombres sexis y recios de mi país» encaja totalmente con ella y con su español macarrónico de presentadora de Eurovisión. Es rusa, ingeniera de algo técnico que la hace trabajar en cadenas de montaje de coches, y no limpiándolos en bikini, precisamente. Tiene 26 años (uno menos que yo) y un pelo

rubio largo y sanísimo. Sus piernas también son largas y su piel parece una pista de hielo: siempre está lisa y perfecta. Me gusta pensar que se baña todas las mañanas en vodka que destila en su propia casa para mantenerse joven y perennemente caucásica, pero Maya es asquerosamente abstemia. Desde que Carlos empezó a salir con ella, vi la señal de peligro escrita en su cara, y cuando mi ex me ha sacado de la cama en mi sábado libre para ir al bar de abajo porque «tenemos que hablar de algo importante», mis temores se han hecho realidad: Carlos me ha pedido —muy amablemente, eso sí— que me vaya del piso propiedad de su padre que compartimos juntos desde hace ocho años, cuando éramos pareja, primero, y que seguimos compartiendo, después, cuando dejamos de serlo.

Esto parece una locura, pero de verdad que no lo es tanto: cuando rompimos seguimos viviendo juntos porque no vimos ningún problema en ello. Nos llevábamos bien, éramos amigos y, como me decía Carlos, «para meter en casa a algún argentino fiestero, me quedo contigo». Que prefiriera mis resacas, mis reglas y mis momentos *gremlin* a los de un argentino adicto al mate me parecía lo más.

De hecho, acabamos siendo amigos antes que pareja, por eso se supone que lo dejamos. Yo estaba bien con él como novio, le quería y teníamos una relación apacible y tranquila, pero, claro, apacible y tranquila acabó derivando en «preferimos ver pelis antes que tener sexo», y se ve que a él eso le supuso un problema a la larga.

La ruptura tuvo tres fases:

1) La fase de *shock*. Carlos apagó un día la tele mientras estábamos en el sofá, me acarició la cara y me plantó el pastel delante para que me lo comiera a manos llenas. Ya no éramos pareja, dijo, éramos unos compañeros de piso que se querían mucho, concretó. Hablamos, lloramos, nos abrazamos y yo estuve durante un mes entero con la misma expresión en la cara que simplemente decía «WTF??». Me levantaba, me movía, comía y hablaba de forma automática, como si estuviera separada de mi cuerpo. No era yo, era un reflejo de mi persona que había perdido dos tonos en el color de piel.

2) La fase depre. Cuando entendí que la cosa iba en serio, que nuestra relación como pareja había terminado, me dejé invadir por la tristeza y me dejé llevar por la d.e.p.r.e.s.i.ó.n. La viví al máximo, como si mi vida fuera una canción de flamenco, tope de intensa. En casa no lo demostraba para no darle el gusto a Carlos de decirme que soy una *drama queen* y para no estropear el hecho de que pudiéramos seguir compartiendo piso. La más beneficiada de esto ha sido mi futura úlcera, y los más perjudicados, mis amigos, que me vieron arrastrarme en una bipolaridad emocional que temían que se me llevara por delante: en casa era la ex guay que iba del palo «somos super adultos y aquí no ha pasado nada», y en la calle era la ex ojerosa que era incapaz de verle el final al túnel.

3) La fase de asimilación. Dicen que no hay mal que cien años dure. El mío duró exactamente cuatro meses y

ocho días. Lo que tardé en darme cuenta de que la única perjudicada estando mal era yo, y de que la máxima beneficiada en salir de ese túnel al que no le veía final era yo también. También influyó el volverme consciente de que, efectivamente, mi relación con Carlos no había cambiado tanto con respecto a nuestros últimos meses de pareja, al menos en apariencia. Ahí es cuando caí en la cuenta de que lo que me había hecho polvo no era la ruptura en sí, sino el miedo a que mi vida se pusiera patas arriba. Y volverme consciente de esto fue la clave.

—Eva —me ha dicho cuando aún no había tragado el segundo sorbo de cerveza, artesana, tostada, muy rica. Un trocito de queso para acompañar no me vendría mal, por cierto—. Nosotros nos queremos mucho y tenemos una historia muy bonita. Pero ha llegado el momento de que avancemos los dos por separado. Y mi primer movimiento en serio es que Maya se venga a vivir conmigo —y todo esto me lo dice hablando muy lento, como si él fuera presentador de *El objetivo* y yo el espectador tonto que no se entera de nada.

—Y para eso me tengo que ir yo.

—Sería el escenario ideal. Sí.

Estoy tan deshidratada por la borrachera de ayer que no tengo ganas ni de llorar. Intento hacer algún amago para que se sienta mal, pero lo único que consigo es que se piense que tengo ganas de vomitar y me pregunte si quie-

ro ir al baño. Ahora que había conseguido un poquito de estabilidad, que me había adaptado a mi actual vida, otra vez empujada a la Salvaje Jungla de la Realidad a manos de mi ex.

Por no poder, no puedo ni enfadarme. Al fin y al cabo, lo que dice parece lo más razonable, ¿no? Y como parece lo más razonable le digo, entre \*sob sobs\* forzados que esperan acabar en llanto auténtico, algo que no tengo ni idea de dónde sale pero que, si estuviera en mis plenas facultades, no diría:

—Carlos, ¿y por qué no podemos darnos otra oportunidad? ¿¿Por qué??

Y ahí es cuando parece que mi ánimo estruja mis órganos vitales para sacar el poco líquido que me queda en el organismo y, como el ser estúpido que soy, en lugar de almacenarlo lo lloro todo, a chorro. Sin contemplaciones. Ríos de lágrimas. Ríos de gloria ahí, bajando cuatro peldaños en la escalera de la dignidad, que ahora mismo se encuentra en el sótano del miedo. Carlos me coge la mano, me da dos golpecitos, *plic plic*, y me dice —con esa voz envidiable que tienen las personas que no están de resaca—, pisoteando con indiferencia mi drama victoriano:

—Eva, tienes que conocer gente. ¿Por qué no te abres una cuenta en AdoptaUnTío?

Dos lagrimones se me caen en el pantalón a cámara lenta, *¡¡plooooooc, plooooooc!!*; la gente de alrededor se mueve con la cadencia de un vals; el sonido ambiente baja de vo-

lumen; siento cómo la sangre me golpea en los oídos y luego baja de golpe hasta las piernas, que en dos segundos se me quedan dormidas.

—¿¿Quéé??

—Sí, AdoptaUnTío. Es una página para conocer gente... y también puedes ligar con chicos.

—¿Como el Grindr? —pregunto mientras me sueno los mocos ruidosamente. Más líquido valioso desperdiciado. Carlos nunca pillá mis referencias gays, que suelen ser el noventa por ciento de mis referencias porque vivo rodeada de ellos, pero parece ser que el Grindr ha salido tantas veces en nuestras conversaciones que sí lo identifica:

—No, ¡no tiene nada que ver con el Grindr! La idea es que puedas conocer tíos, pero con la diferencia de que las que parten el bacalao son las chicas: tú te haces una cuenta y decides con qué tíos quieres hablar, y si te interesa que la cosa vaya a más, pues les das tu mail, tu teléfono y ¡*voilà!*

—¿Y «*voilà*»? ¿Y tú como coño sabes de la existencia de eso?

—Porque yo conocí a Maya así. Bueno, más bien me conoció ella a mí —y pone una sonrisa tan bobalicona al decir esto que me dan ganas de cogerle la cabeza y estreñársela contra el canto de la mesa.

Si en este momento alguien busca la palabra «estupefacción» en el diccionario, seguramente le saldrá mi jeta de ahora mismo, con ojeras incluidas. Mi cara de «lo estoy flipando». Mi cara de «WTF?!». Mi cara de «¿¿pero qué

invento es este??». Mi cara de todas estas cosas. Mi cara de no entender gotita de lo que está pasando. Pero la cosa es así. Está pasando. Aquí y ahora.

—Bueno, si quieres que te sea sincero —no, no lo quiero—, hace tiempo que me abrí la cuenta... Ha-ce un par de a-ños.

—¿Ha-ce un par de a-ños cuánto, Carlos?

—Cuando aún estábamos juntos —me lo suelta así, rapidito, a modo de confesión velada, y cuando ve que la lividez de mi cara empieza a sustituirse por un tono rojigualdo mezcla de tener las transaminasas festejando a tope y la ira subiendo octanos, levanta las manos a modo de excusa e intenta explicarse—. ¡Eva, no te vuelvas loca! Tú y yo no éramos pareja antes de dejarlo, éramos amigos, ya lo hemos dicho muchas veces. Y chica, yo estaba que no podía más, me estaba matando a pajas, en serio. Un día incluso me planteé comprarme una muñeca hinchable. ¡Una muñeca hinchable, Eva! ¿Te imaginas? Llegué a soñar que era el tío de *Lars y una chica de verdad...*

—Ya te gustaría a ti parecerte a Ryan Gosling, ¡mamón!

—En serio, Eva, no podía más. Estuvimos meses sin acostarnos. Y llegó esta página y se abría un mundo de posibilidades infinitas y, claro, tú yo vivíamos juntos y yo no podía quedar con chicas y a la vez seguir estando contigo porque no era justo ni para mí ni para ti ni para las chicas con las que quedaba y, claro, me podían reportar y cerrarme la cuenta....



## CAPÍTULO 1

En mi cabeza ahora mismo solo suena el *uuuuh* de los espacios vacíos y el eco de una canción: *STOP!! In the name of love*. Esta vez soy yo la que levanta la mano en gesto autoritario para que se calle.

—Carlos, yo te quiero mucho. Pero eres un capullo. Estoy muy cabreada. Déjame hasta que se me pase y te llamo en un par de días —me levanto de golpe y me mareo un poco, así que me tengo que aguantar en el respaldo de la silla, lo que le quita bastante efecto a mi gesto de indignación suprema y a mi salida teatral por el lado izquierdo del escenario.

—No puedes llamarme en un par de días... Eva, vivimos juntos.

Me fui directa al centro a comprarme ropa. Me volví loca. Me gasté una pasta que en ese momento no me podía permitir, pedí hora *in extremis* en la peluquería, me corté las puntas, me arreglé el flequillo, le dimos brillo a las californianas y más tarde, cuando ya había pasado la hora de comer y yo solo había ingerido noticias bomba por parte de mi ex novio, me hice una manipedi y un masaje en la cabeza que reactivó todos los neurotransmisores del sueño.

Cuando llegué a casa, Carlos no estaba. Me miré en el espejo de la entrada (¡qué bien me habían dejado el pelo, caramba!). Me sentía *on fire* por la rabia, el *shopping*, el *total makeover* y la culpabilidad provocada por el *shopping* y el dinero gastado en mi puesta a punto. Estaba ojerosa y

amarilla. Entonces me di cuenta: tenía que rehacer mi vida. Pero esta vez de verdad, nada de medias tintas. Y eso pasaba por empezar a salir con hombres (heteros, claro) y reactivar, entre otras cosas, mi vida social... y sexual.

Y buscar piso. Eso también.